

la paciencia y resignación propias de los primeros cristianos cuando arrostraban los suplicios por el nombre de Jesucristo. ¿Lo extrañamos? de ningún modo pues de la misma fuente unos y otros sacásteis el valor que os distingue, a la misma mesa os sentásteis unos y otros para comer el pan que fortalece, purifica y unge a los mártires. Si, no nos cansamos en repetirlo, sufrimos

con vosotros y para vosotros, pero nos enorgullece el saber que sois capaces de comprender cuán envidiable es vuestra suerte, el saber que están contentos con haber sido preferidos a otros para reproducir y continuar la vida del divino Salvador cuando recorrió la vía dolorosa y ensangrentada del Calvario. Nada, no, nada más grato para nosotros, como la noticia del alto aprecio con que recibisteis vuestra santa vocación de víctimas. Esta, es la señal visible y en cierto sentido infalible de que sois no solamente bautizados, pero también confirmados, de que a más de hijos, sois soldados de Dios. Os felicitamos. Quisiéramos animaros a que aceptéis y santificuéis hasta el fin vuestro estado de miembros dolientes de Cristo Nuestro Señor, estado que os procurará un peso eterno de gloria para vosotros mismos y, para los demás, gracia de edificación, más, de conversión. Consideradlo bien: en la cruz se encuentran la vida y la salvación: *In cruce vita, in cruce salus*. Os ayudaremos con oraciones y sacrificios para que os mantengáis en estas alturas sobrenaturales.

Amadísimos Hijos, vosotros todos, cuales más, cuales menos, habéis sido los victimados de aquella espantosa catástrofe, ¿qué consuelo os daremos? ah! Cuánto deseáramos exteriorizar los sentimientos que embargan nuestro corazón y lo desasosiegan! Amados de Nosotros como lo sois todos y cada uno, no es fácil darse cuenta de nuestra aflicción al recordar las vuestras. Así como pequeñas gotas de agua forman el océano, así también las tribulaciones de cada una de vuestras almas hacen incommensurables las nuestras; que nadie pues, se considere como extraño u olvidado; a nadie le cabe dudar de nuestras simpatías y plegarias.

Con todo, no sería ni justo ni de acuerdo con la verdad callar aquí el cariño muy especial y el peculiar afecto que experimentamos al pensar en nuestros muy amados Sacerdotes, quienes, después de haber participado de vuestros peligros y angustias, no dejaron de atender a vuestras almas aun a vuestros cuerpos. Cuan

placentero sería para nosotros el agradecerles a ellos y a las Rds. Hermanas, Hijas de la Sabiduría, las pruebas de atención y celo que os han dado a unos y otros durante aquellos días de pánico y espanto! Os ha sido dado, Amados Hijos convencerlos una vez más de que a imitación del Buen Pastor, no os han abandonado.

Ah! es que os aman con verdad y que para salvaros, sobre todo de la muerte eterna, de buen grado consentirían en dar su vida. Gracia muy grande sino la mayor de todas, es la de tener sacerdotes como los vuestros, que se desvelan porque se extienda la gloria de Dios y se alcance la salvación de vuestras almas. Jamás podremos bendecir debidamente la divina Providencia por habernos dado tales cooperadores y sobre todo por habernos protegido inmunes casi milagrosamente.

Un adagio dice: «Sic populus, sic sacerdotes» a tal pueblo, tal sacerdote. ¡Cuán culpables serían, si los hubiere, aquellos quienes quisieran negar la verdad del axioma obstinándose empedernidos en lugar de convertirse! Auguramos mejor de vuestro corazón. No habrá ninguno tan infeliz que ostente tamaña ingratitud y se exponga a caer en las manos de Dios airado. Permita la Santísima Virgen que ninguno de mis feligreses corra semejante peligro!

Ahora, amadísimos Hijos, extrañárais y con razón si dejáramos de hablarlos, aun cuando no fuese más que de paso, de los daños materiales ocasionados por las sacudidas sísmicas.

A nuestro modo de ver, por ingentes que hayan sido las pérdidas materiales, estas no nos afectan mayor cosa. No pretendemos por eso decir que seamos insensibles a tantos extragos, ni que dejemos de deplorar en particular la destrucción de vuestras iglesias, edificios soberbios cuya elegancia nos llenaba de santo orgullo y cuya decencia avivaba la piedad de los fieles a la par que favorecía la pompa de las ceremonias religiosas. Refiriéndonos a los monumentos privados con que deseábamos adornar nuestra capital y demás ciudades del Vicariato, os manifestaremos que nuestra voluntad no era otra sino el haceros palpar los beneficios de nuestra Madre la santa Iglesia, en todo tiempo y lugar madre protectora de las bellas artes y del progreso verdadero. ¿Nos detendremos ahora, desanimados? No, amadísimos Hijos. Ya que buscamos primero que todo el rei-

no de Dios y su justicia, el Evangelio nos asegura que todo lo demás nos será dado oportunamente y con añadidura. Descansamos pues sobre bases tan sólidas; y siendo la Iglesia, según se dijo, una perpetua *principiadora* comprenderéis por qué nosotros, sus Hijos, hayamos puesto manos a la obra si se quiere con más entusiasmo que enantes, puesto que vuestras buenas y cristianas disposiciones nos daban ánimo y valor. Por supuesto no nos será dado levantar edificios que ostenten la elegancia con que habíamos soñado: una triste experiencia nos enseña que sería ello imprudencia de nuestra parte; pero si en la medida de nuestros modestos alcances, compensaremos esta como deficiencia con otras obras que contribuirán a embellecer "la casa de Dios y la ciudad de los santos."

Antes de concluir queremos llamar vuestra atención sobre las lecciones objetivas que se desprenden de tantas desgracias, sean precursoras o no de otras mayores. Solo Dios es grande y nosotros, seres frágiles somos; él es el dueño y nuestro deber está en adorar los designios que tiene sobre sus criaturas. Este deber se cumplirá con facilidad siempre que la fe nos recuerde que todo contribuye a la felicidad de aquellos quienes aman a Dios. «*Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*». Las mas de las veces no alcanzamos a ver aquí abajo el como de esta afirmación por que vivimos en el tiempo de la prueba y del mérito; solo la fe puede afirmar nuestros pasos ahí donde los sentidos los hacían vacilantes! *Sursum corda!* Elevemos nuestros pensamientos, enderecemos nuestras vidas, purifiquemos nuestros afectos, amemos a Dios sobre todo y sobre todos. Todo, es vanidad, motivo de aflicción para el espíritu, menos amar a Dios y servirle. Digamos en alta voz por medio de nuestra conducta que Dios es el Señor, *Dominus est*, y llegue lo que llegare, aguardemos sin temor el juicio que merecerá una vida del todo consagrada a su santo servicio.

Dignaos Virgen Inmaculada, Madre de Dios, y vos José su virginal esposo, guardar a nuestros hijos bajo vuestro paternal amparo, como guardásteis al Niño Dios! Dignaos santos Protectores, preservar a nuestros hijos y a su posteridad contra nuevas calamidades! Con esta plegaria, con esta esperanza, demos término a nuestra Pastoral y con particular efusión, os enviamos nuestra paternal bendición.